

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre. Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre » 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27. Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO

Las corridas de la semana, por J. Sánchez de Neira.—Armonía (*sin h*) entre la ciencia y la fe, por Sobaquillo.—¡Aún quedan! por M. del Todo y Herrero.—Un sueño, por El Tío Capa.—Nuestro dibujo, por Don Cándido.—Contra corriente, por M. del Todo y Herrero.—Revista de Toros, por Don Cándido.

Las corridas de la semana.

PARA que todo sea desordenado y anómalo durante la dominación empresarial del muy conocido y popular D. Manuel Salas, en nuestro Circo taurino ya no vemos corridas en días de fiesta, como ofrecen los carteles de abono, ni los toreros que en ellos se expresan, ni á la hora que mencionan, ni con las demás formalidades que han sido siempre el distintivo de nuestra fiesta nacional, donde la exactitud en cumplir con lo prometido al público era tan rigurosamente observada, que las Autoridades hacían andar á las Empresas en un pie como las grullas. Ahora ya lo hemos arreglado de otro modo: ya tenemos el «corazón á la derecha», según dijo aquel médico de la famosa comedia de Moratín: ahora los que pueden corregir y los que deben ser corregidos, los ganaderos y los toreros, y *tuti le mundi*, siguen el mismo rumbo; y los abonados, y los que no lo son, y los que compran billetes, y los que los reciben gratis—que no han sido pocos en las últimas funciones,—todos estamos contentos, alegres y divertidos, aunque digamos muchas veces por lo bajo aquello tan sabido de que nadie tiene más de lo que merece. ¡Hay alguien que rabie y patée al ver lo que del público se abusa por todos los que directa ó indirectamente intervienen en cuanto á las corridas de toros se refiere? Pues que «aguante cachete y calle, que si no calla será peor.»

Adelante con los faroles, y en lugar de cantar las glorias del toreo, entonaremos el *gori-gori*.

Hubo el lunes 2 del actual mes corrida de abono con toros del Duque de Veragua, lidiados por Guerrita y Lagartijillo. No respondió el ganado al buen nombre de la vacada, ni parecía procedente de aquella casta vazqueña, cuyo buen trapío era el encanto de los aficionados: á excepción del que fué corrido en quinto lugar, barroso y buen mozo, más parecían, por

su lámina y por sus condiciones, miureños que de Veragua los otros cinco restantes. De modo que sin dejar de cumplir todos, sólo dos se portaron como buenos. Y van ya dos malas corridas de toros de Veragua en el presente año... Con que, Sr. Duque, vuelva V al tratamiento antiguo y déjese de innovaciones.

Pidiendo indulgencia á nuestros lectores para que nos permitan dejar de ocuparnos del trabajo incalificable, por lo malo, de esos... hombres que montan á caballo, ignorando para qué les sirve esa peana que no saben mover, y llevando en la mano un palo que mas les estorba cuanto más perjuicio con él hacen, hablaremos de los banderilleros para hacer especialísima mención de dos soberbios pares, casi sesgando, pero fuera de las tablas, que colocó Mojino al tercer toro, con arte, valentía y atrevimiento.

Guerrita mató sus tres toros con valor, sin parar, según costumbre, matando al primero de dos pinchazos y una buena; al segundo de una baja y atravesada, y al tercero de dos de sorpresa, mejor la segunda que la primera. Trabajaron más los pies que los brazos. Banderilleó regularmente al sexto toro, creyendo algunos que el último par fué al quiebro, y no lo fué, puesto que dió dos pasos de costado para dejar pasar la cabeza.

Lagartijillo también bailó, aunque no tanto como el primer espada. Debe corregir el modo de estoquear—estilo Espartero—y dar la salida con la muleta, no con la ventaja de sus pies. Que haga lo que deba, no lo que vea, si quiere ser algo. En lo demás bien, modesto y valiente, y muy bueno en banderillas.

Tal fué, en conjunto, la corrida del lunes. En la del miércoles nos divertimos mucho. ¡Vaya si nos divertimos! Como que hubo títeres, música y baile y hasta fantasmagoría. Ha habido quien ha dicho que ha sido la mejor de la temporada; conque figúrense nuestros lectores qué tal habrá sido la *cosa*, y no hagan aprecio de lo que les digan los amantes del arte, que no van á los toros de *valdivia*, sino pagando. Los más siempre tienen razón, por aquello de que

Vinieron los sarracenos
 y nos molieron á palos,
 que Dios protege á los malos
 cuando son más que los buenos.

Nos soltaron seis toros del Saltillo, regulares y nada más: alguno, pasado el primer tercio de la lidia, se reservó y puso en defensa, y el último fué tan noble y tan bonachón, que parecía enseñado para contribuir á la alegría. ¡Buen toro para la capital de Francia!

Se distinguió con las banderillas Antolín, cuyos adelantos son visibles, y el Ostión en un par. Bregando á quebranta-huesos, Juan Molina; y en cuanto á los picadores, si mal estuvieron el lunes, peor el miércoles. ¡Qué inutilidad y qué ignorancia! En la primera vara que al sexto toro puso Juan de los Gallos, cayó éste al descubierto ante la cara del animal, que le metió tres veces la cabeza, le pisoteó y le refregó por la arena, á ciencia y paciencia de los célebres matadores, que á capote abierto *esperaban* á que la res quisiera abandonar su presa. El pobre Juan, en su prolongada angustia y con el alma en un hilo, diría para sus adentros: «¡Ay, Salvador, Salvador! ¿Por qué nos abandonaste?» Pero como el mal efecto de aquella inconcebible apatía podía redundar en descrédito de los hombres que tienen obligación, aun con peligro de su vida, de salvar la de los demás, el señor Lagartijo, luego que el toro se cansó de cornear sin fruto porque no sabía humillar bastante, le cogió con los vuelos del capote, se le llevó á los medios, y acordándose de su gramática parda, lección primera del capítulo 2.º, artículo 20, se hizo cuenta de que era forzoso borrar aquella mala impresión, y toreó al alimón con Guerrita, ni más ni menos que en París, y se arrodilló como allí hacen, y puso banderillas como en Córdoba, y recortó y saltó lo mismo que en Aranjuez, consiguiendo embaucar á los que sólo ven lo exterior en todo, pero que no ahondan. ¡Y todavía habrá quien diga que no sabe nada el maestro!

Mató su primer toro de una estocada contraria y pescuecera que Villabrutanda aplaudió; al segundo de dos regulares arrancando desde dicho lugar, y al último de tres bien dirigidas, entrando bien, pero sin meterse, y previos algunos pases buenos, aunque movidos, que hasta entonces no vimos en toda la tarde.

No quiere hacer Guerrita lo que le hemos indicado en anteriores números, ó no se lo permite el calor de su sangre. Pasa mal de muleta pudiendo hacerlo bien, porque lo comprende é intenta; pero se acelera, usando de los pies para dar colocación al cuerpo suyo, en vez de dársela al toro con el trapo. Así, que al ver eso, nos preguntamos: ¿Quién torea á quién? En la estocada arrancando á su primer toro, bravo y acertado; mal en su segundo, ya sabe él por qué, y superior en su tercero, que ya hemos dicho obedecía como un cordero. Intentó recibirle primeramente, y el hombre se echó fuera; pero observando que el animal obedecía al tra-

po ciegamente, sin hacer nada por el bulto, se decidió á citar de nuevo y *recibió* parando como el arte exige.

Y es lo único que el arte vió en toda la tarde, que todo lo demás que allí pasó no quiso verlo, y se escondió de vergüenza. Repita Guerra cuantas veces pueda la suprema suerte, deseché las estocadas á golpe y por sorpresa, hágase hombre formal, y suyo es el porvenir como *torero de arte*: si no, seguirá siendo torero aplaudido hasta que le falten piernas ó venga otro que haga aquéllo, ó cambie la moda, que si hoy está por el mal gusto, puede variar en buen sentido, y ojalá sea antes de lo que muchos quieren.

Por de pronto, y aunque dude al principio y la suerte no le ayude, intente *recibir* en cuantas ocasiones se le presenten, que una vez acostumbrado á verificarlo, le será fácil, y el arte lo agradecerá.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

ARMONÍA

(SIN H)

ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

BA falta de la *h* en el suprainserito título os dará á conocer que no es, señora, el padre Mir á quien aludo agora.

La fe de nuestros mayores y la ciencia de nuestros menores, ó viceversa, no se armonizan sino cuando se pone por delante la letra *h*, cuya aspiración — porque supongo yo que será una *h* aspirada — comunica á dicha armonía un cierto tono socarrón y malicioso como el del característico ronquido de los hijos de Jaén.

Otra es la fe que acepta ahora la mano amiga que le tiende la ciencia.

Es aquella de quien se dice en las revistas de toros:

«El matador se tiró con fe...»

Y aquí saldrá más de un lector diciendo:

—¡Vaya! Todo ello se reducirá, como si lo viera, á demostrar que Lagartijo es el matador que ha conseguido hermanar la ciencia con la fe, y aun la libertad con el orden.

Pues no, señor; ahora no se trata de eso. Se trata de otra cosa.

Quisiera yo saber qué gesto pondrían mis honorables consocios del Ateneo, si en la sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, se levantara un señor expresándose en estos términos:

—Estudiando á fondo, señores, la ciencia de Lavoisier y Costillares, de Berzelius y Pepe Illo, de Berthelot y Mazzantini...

Lo que es como se hallaran presentes los doctores Ezquerdo, Simarro y Escuder, se me figura que no tardarían en pedir la palabra, y hasta en proceder de palabra... y obra.

Y sin embargo, harían mal en creer que tenían enfrente á un alienado.

La química y la tauromaquia están hoy estrechamente unidas, gracias á Mazzantini; el cual puede exclamar como el personaje de la comedia *El Anzuelo*:

*La facultad de Farmacia
pide mi coronación;
yo digo como Dantón:
¡Audacia, audacia y audacia!*

Y como á la audacia suele ir siempre unida la fortuna, he aquí la reseña del feliz suceso logrado por Mazzantini en las corridas dadas en Orán los días 25 y 26 de Mayo último, según la versión de una correspondencia de aquel punto que ha publicado *Le Petit Journal* de París en su número del 29:

«Las corridas del domingo y lunes han sido muy buenas. El célebre torero Mazzantini, con su brillante cuadrilla, hallábase presente; pero sobre la fiesta se cernían oscuros nubarrones... administrativos.

«El ministro, el prefecto y el alcalde, habían prohibido formalmente la muerte de los toros, so pena de irrevocable y definitiva clausura de la Plaza. Temíase, además, que se renovara el motín de 14 de Julio último, de que ya se dió cuenta en *Le Petit Journal* (1). La Plaza, por consiguiente, había sido rodeada por las tropas, y la caballería estaba preparada en los cuarteles.

«A pesar de este aparato militar, y de esta especie de sitio, y de todas las triquiñuelas administrativas, las corridas han tenido gran éxito.

«Mazzantini había prometido simular la muerte del toro de una manera especialísima, que consiste en *immobilizar é insensibilizar el animal por medio de una picadura farmacéutica*.

Ha cumplido, efectivamente, su promesa, y la ficción ha sido completa. El entusiasmo era inmenso.

«Estallaron aclamaciones calurosas y *vivas* frenéticos... Sombreros, cigarros, sombrillas, abanicos, ropas

y hasta zapatos, llovieron sobre la arena; sobre todo, cuando las mulillas, ricamente enjaezadas, arrastraron el cuerpo *immobilizado* del toro.»

Lo que no dice la reseña es si el toro, al volver más tarde en sí, preguntó, á estilo de melodrama y de novela sentimental:

—¿En dónde estoy?

Ya ve el lector que no se trata de una broma mía, y que la realidad moderna supera y eclipsa las creaciones de la inventiva más audaz.

Lamento que á la hora de escribir el presente artículo no se halle Mazzantini en Madrid. Le hubiera hecho una *interview*, á estilo de reporter, y sabríamos á qué atenernos acerca de tan peregrina invención.

Un reputadísimo médico, amigo mío, nombrado ya en párrafos anteriores, dice que la sustancia de que se ha valido Mazzantini en su *picadura farmacéutica*, debe de ser el *curare*. Este activísimo veneno, suministrado en cierta dosis, produce la parálisis transitoria de los músculos exteriores, y por consecuencia la muerte aparente.

Sea de ello lo que quiera, la invención está llamada á causar una verdadera revolución en el toreo... y en la farmacopea.

Habría que añadir á las asignaturas de Farmacia una de *Química taurina*, y á los toreros no se les daría la alternativa si no acreditan antes haber estado de practicantes en un laboratorio.

Extendiendo á las demás suertes del toreo el procedimiento ideado para la de matar, tendremos:

1.º Capotes impregnados de determinadas sustancias anestésicas, ó lo que fueren, para *parar* á los toros, ó bien embravecerlos, si salen flojos;

2.º Puyas con morfina, que alivien el dolor de las reses;

3.º Banderillas que den por resultado *aplomar* científicamente á los toros, graduando, según fuere menester, la dosis de la mixtura farmacéutica;

4.º Muletas empapadas y empapantes en el sentido recto del vocablo, y no en el figurado que habíamos empleado hasta ahora, para dejar al toro dispuesto á bien morir en toda *cloroformidad*; y

5.º Estoques de la invención de Mazzantini.

La puntilla se dará á los aficionados que gusten bajar al redondel y se presten á recibirla, para que haya derramamiento auténtico de sangre de verdad, siquiera sea un derramamiento tan leve como el que resulta de un descabello aplicado en regla.

El toreo, en fin, entra en una fase nueva, gracias al consorcio de la ciencia y la fe realizado en Orán, y los hombres del antiguo régimen tenemos que ir pensando en retirarnos.

¿Quién me sustituirá á mí?

El doctor Carracido quizás; acaso el doctor Garagarza; tal vez... ¡el doctor Garrido!

SOBAQUILLO

¿AÚN QUEDAN.....!

No ceso de cavilar, y con ello me desvelo, en los toros que matar habrá podido Frascuelo desde que empezó á ejercer como espada.

Vamos, que vendrán á ser cerca de una millonada los que el bravo lidiador habrá dejado en el ruedo, á impulso de su valor y denuedo.

¡Vaya, si habrán arrastrado por la arena, en sangre tinta, ejemplares de ganado de diverso pelo ó pinta!

que, no obstante

Sus aviesas intenciones, inmolará el arrogante matador en sus funciones. Una cantidad así causara asombro á cualquiera..... ¡digo!..... en pesos para mí la quisiera.....

Agréguese á esta partida tanta innumerable res como en su más larga vida habrá muerto el *cordobés*, y las que aún podrán morir, si le peta,

En lo que quiera lucir su respetable coleta; que sí hará, porque yo opino, contra un rumor insensato, que hay apéndice taurino para rato;

Y dígame en puridad, por todo el que en esto piensa, si con una cantidad tan inmensa,

Como la que va sumando en ese período fijo

que ya lleva toreando

Lagartijo,

Sorprendería á ninguno que al quitar los dos de enmedio tanto cornúpeto, ni uno se hallara para un remedio.....

Pues aún quedan, ¡sí, por Dios!

Y el muchacho que, animoso, viene en pos,

Encuentra campo anchuroso donde probar su aptitud

una vez más, sobre tantos, tendiendo una multitud de enemigos á sus plantas,

que en conjunto puede ser infinita,

dada la edad y el poder de Guerrita.

Y no quiero hacer mención, por demasiado sabido,

de ese inmenso pelotón de toreros, repartido

por España,

Que, dándose al fin y al cabo peor ó más buena maña,

despachan ganado bravo, y todos á consumir

son en iguales empresas lo que pueden producir

feracísimas dehesas.

En resumen:

Que estos hechos bien denotan que aunque muchos se consumenten,

los cornudos no se agotan, por más que los voicengleros

lo contrario

Digan, porque hay de toreros un número extraordinario.

¡Qué diantre se han de acabar, si hay para cada coleta,

en nobles bueyes..... ¡la mar!..... de levita y de chaqueta!

M. DEL TODO Y HERRERO.

¡UN SUEÑO!

NOCHES pasadas acostábase apesadumbrado y con la cabeza un tanto cargada por consecuencia de haber escuchado en un café una acalorada discusión taurómica que habían promovido en el velador inmediato al mío, por apasionamiento hacia determinados diestros, cuatro ó cinco mozalbetes que más parecían bebés recién destetados que aficionados correctos por las corridas de toros y censores de suertes y escuelas de toreo.

El triste privilegio de los años dióme y no poco en qué pensar ante aquella fraseología que durante largo rato tuve la paciencia de escuchar, por mi desgracia, pues eran de oír las palabras *reunión, adorno, cuadrarse, enhillarse, vaciar, quebrar, arrancar*, y todo el farrago de infinitivos en *ar* que al toreo pueden aplicarse, por niños que, como digo, parecía que acababan de dejar los andadores, y no debían conocer otra *d* versión taurina que las clásicas mojigangas de *El doctor y el enfermo* y *Los polvos de la madre Celestina*, en las que Medrano pone á prueba toda su imaginación, ya que para tormento suyo falta la de su ascendiente Antóñeja, que la traía para sus adentros tan por el estilo, que podría parecer la misma sin temor á dudas.

Dígame, pues, que caí en la cama sumido y abismado en un mar de dudas por todo extremo proceloso; y vuelta tras vuelta, cedi al sueño, siendo éste tan extraño que me pareció realmente una pesadilla.

Vinieron á mí antes de conciliarle los manes de Romero, Pepe Illo, Montes, Chiclanero, Cúchares, y qué sé yo cuántos más de la brillante pléyade de toreros que en el transcurso de un siglo llenó las plazas, y conquistaron el epíteto de *toreadores completos* y maestros eximios de tauromaquia.

Cerró el cansancio mis párpados, pero el espíritu, que no duerme, me hizo continuar el derrotero emprendido, y caí de manos á boca en el pueblo de Villamantilla, retiro de uno de los mejores toreros de este siglo, Cayetano Sanz.

Afable y cumplido como ninguno, verme y alargarme la rugosa mano, fué obra de un instante.

Como el sueño pinta tan á las claras las imágenes que uno se forja, aún me parece ver la salita blanca en que esto ocurría, las sillas de anea y el sofá de cuatro respaldos que la adornaban; una Virgen de la Soledad presidiendo la estancia, varios cuadros de la Atala, y algún que otro retrato de toreros, entre ellos los de Julián Casas, Montes, Curro Cúchares y Frascuelo, cuando aún no habían comenzado á salirle canas.

(1) Y también en LA LIDIA del año pasado.

Todo esto, un espejo que no llegaría á vara y media, y tres rinconeras con floreros repletos de claveles y dalias de papel picado, constituían el ajuar de aquella estancia, que no respiraba otra cosa que tranquilidad y bienandanza.

El *decano* me obligó á ocupar un sitio junto á él, y rodeándome el cuerpo con el único brazo que tiene útil, pues del otro apenas puede hacer cuenta que le posee, por consecuencia de una atrofia que padece, me dijo con enternecido acento:

—¡Gracias á Dios, mi buen José Antonio, que tengo á mi lado uno de los míos con quien departir de cosas de toros y de toreros, porque estos buenos vecinos no entienden de ello; y si bien tienen por mí verdadera pasión, no soy yo el llamado á hablar con ellos de esos asuntos, que tan traídos están por todos y tan difíciles son de entender y practicar!

—Estimo la lisonja, y como sabe V. que siempre le he tenido en grande estima, hable cuanto quiera, porque como sabe de eso tanto, le escucharé como si fuese un oráculo.

—En eso, tío Capa, no tiene V. razón; nada de lo que dice puede halagarme, y sólo es adulación que mi maestro me diga á mí esas cosas. ¿Qué puedo decir yo á quien ha sacado discípulos tan aventajados como Matías Muñiz y el Regatero, y á quien ha dado consejos á Montes y Redondo?

Pero, en fin, para que vea V. el cariño que le tengo, escuche el juicio que hoy me merece desde este retiro el toreo moderno.

Estiróse el maestro, sacó una petaca de cuero blanco, dióme un cigarro, él tomó o ro, y después de lanzar al aire la primer bocanada de humo y mirar deshacerse sus espirales como si tratase de encontrar en ellas los vócablos que necesitaba, me dijo:

—El toreo está perdido; no quedan de él más que ligeras reminiscencias, muchos adornos y pocas verdades. Desde que los padecimientos me hicieron dejar la profesión que tanto me honraba; desde que dejé de admirar á aquéllos, contando á V., que me enseñaron lo poco que logré aprender, pues sabe V. que no he pecado jamás de orgulloso, ni me he envanecido nunca con los públicos; desde entonces, repito, el toreo ha sido patrimonio de todos, y la mayoría de los que de él han abusado, no han tenido merecimientos propios para hacerse pasar por toreros en la verdadera acepción de la palabra, por carecer, en general, de las nociones más rudimentarias para practicarle, anteponiendo á todo el deseo del lucro.

El que crea que un torero es un hombre que viste de corto, con unas cuantas pulgadas de estrecha trenza en la parte posterior de la cabeza, una cadena gorda, muy gorda, colgada del chaleco, cuatro brillantes y un bastón de caña de Indias con puño de marfil, ese está equivocado; los toreros nacen con la propensión marcada á la práctica de las suertes, que no se aprende por andar al lado de los toros; se sabe desde el primer día; lo que se hace es perfeccionarlo después.

Para llegar á esto, es necesario que en el hombre se reúnan las condiciones de serenidad, valor y conciencia para las suertes; esto es, hacer las cosas como son, y no que salgan, como la tocata del burro de la fábula, por casualidad.

Duéleme, por ejemplo, ver á un lidiador, muy bien vestido, eso sí, porque ahora todos visten muy bien; duéleme, digo, verle colocado ante una res, con el capote hecho una pelota, vacilando en la realización de la suerte, sin conocer en absoluto lo que el toro ha de hacer al embestir contra el bulto; y es de verle entonces salir sin rumbo, con los brazos y las piernas abiertas, á tomar el callejón de cabeza, perdiendo en la carrera, unas veces la monterilla, y otras hasta el color, que es lo último que el torero debe perder.

Cuando alguno, allá de ciento en ciento, en una corrida, se arriesga á lancear un toro de capa, lo practica siempre sin fijeza y desatinadamente, de donde resulta que, al tercer lance, los toros se han apoderado del diestro, le pisan el terreno, empieza el barullo y deslumbramiento, y tener que abandonar el campo y salir por pies, cuando no alcanzado por la fiera y en peligro de perder la vida, pues cuando esa clase de suertes se practican, aún no está el diestro en condiciones de conocer á la perfección las cualidades de la res, de qué modo derrota, y si adelanta por uno ú otro lado.

Yo me acuerdo de que allá en nuestro tiempo eran los capotes más pequeños, y no se arriaba con ellos tanta bandera; el toreo se hacía todo sentadamente y con largas, usando en contadísimos casos del medio capote, que quita y quebranta las facultades á los toros, y los hace de plomo á la hora de morir, con visible perjuicio del matador, que ha de dar cima á la lidia de la res que pisa el redondel.

Tampoco habrá V. olvidado que en nuestros tiempos, en el que mediaba desde que se prendía el último par de banderillas hasta que el matador llegaba al toro, ningún peón se permitía el más leve capotazo; pero hoy, como otros tiempos requieren otras costumbres, es raro el matador que no ordeña por señas ó con la palabra *¡duro!* que quiten al toro, si es posible, hasta la cabeza, y lo derrenguen y maten en fuerza de quiebros y carreras.

En la suerte de banderillas existen olvidados muchos de los estilos de colocar palos, y salvo contadísimas excepciones, el que no es banderillero de un sólo lado, no iguala; el que no, se pasa; este no levanta los brazos para rematar la suerte y adelanta las manos como los chicos cuando pinchan dátiles; aquél no tiene más que una letra aprendida y no sale de ella; en resumen, mil y mil cosas que V., tío Capa, como antiguo en la profesión, no desconoce.

De la olvidada suerte de *detener*, no quiero hablarle ahora, esperando hacerlo de ésta y de la de matar tan pronto como almorcemos.

—Sea como V. quiera; ya sabía yo que no había de contarme sino el Evangelio. Vamos, pues, á la mesa, ya que es V. tan amable.

Al salir de la sala, tropecé en un escalón y caí, despertándome al golpe, en el momento que un muchacho vendía á voz en grito LA LIDIA con la revista de toros.

¡Qué despertar! Todo sigue lo mismo que estaba; sólo ha cambiado una cosa; el público de gusto; los aficionados de modo de ser y hasta de pelo, porque es muy viejo.

EL TÍO CAPA.

Abril, 1890.

NUESTRO DIBUJO

EL HIJO DE CÚCHARES



FRANCISCO Arjona Reyes (Currito) no es un diestro nacido ayer á la vida del toreo, y que necesite, por consecuencia, de una presentación en forma. Colocado en el orden cronológico entre las dos grandes figuras de la tauramaquia contemporánea, Lagartijo y Frascuelo, no pocas veces ha compartido con ellas las glorias y fatigas de la profesión, corriendo unida su personalidad á las mencionadas, de veinticinco años á esta parte.

Por esta causa, ocioso sería pretender la exposición de una noticia biográfica, que los aficionados tienen ya olvidada de puro sabida, y que á partir de su nacimiento en Sevilla á 20 de Agosto de 1845, y haciendo escala en el 19 de Mayo de 1867, en que su famoso padre le confirmara en Madrid en el ejercicio de su misma carrera, se extendiera hasta los actuales y críticos momentos del arte de torear.

El hijo de Cúchares, en el concierto taurómico de nuestros días, y en medio de Rafael Molina y Salvador Sánchez, no es un fenómeno, ni siquiera una eminencia; es simplemente un carácter.

Y no es que se halle desprovisto de condiciones para llegar donde los demás llegaron y conseguir lo que aquellos consiguieron; nada de eso. Es que sobre todas las cualidades, inteligencias y propósitos que pudieran conducirle á la cúspide, está el carácter.

¿No demuestra una levadura especial el comienzo de su vida torera, emprendida sin auxilio de nadie y á espaldas del autor de sus días, que hubiera sido para él un maestro interesadísimo al guiar los primeros pasos del novel lidiador?

¿No prueba una genial manera de ser, el hecho de apartarse del camino marcado por su progenitor, prescindiendo en absoluto de su estilo de torear, que le granjeaba un puesto envidiable y el favor del público de su tiempo?

Pues esa independencia en el arranque y esa velada oposición á lo que tan de cerca le afectaba revelan la preponderancia, el completo predominio de lo que antes consignamos: del carácter.

Arjona Reyes, desviándose de la escuela movida, alegre, y hasta si se quiere *zaragatera* (¿por qué no decirlo?) de Arjona Herrera, adoptó un toreo serio, aplomado y tranquilo, que de no haberse convertido más tarde en indiferente, tal vez le hubiese puesto á la cabeza de todos sus compañeros.

Así lo dejaba esperar el juego de la muleta, de marcado castigo para las reses y de una limpieza como no se acostumbra con frecuencia, y así también el acierto en el herir en todo lo alto, ya sepultando el hierro en toda su extensión, ó clavando su mitad con un efecto casi siempre seguro é inmediato.

Estas cualidades, unida á una arrogante presencia, proporcionada estatura y simpáticos rasgos fisonómicos, no podían ocultarse y no se ocultaron á las aficionadas concurrencias de nuestro espectáculo, que fundó con justicia grandes esperanzas en el hijo de Cúchares, y le otorgó desde luego sus francas simpatías.

Pero estas esperanzas no tardaron en ser contrarrestadas por el picaro carácter, cuya amalgama de indolencia, apatía é *idiosincrasia*, obscureció de continuo las notables aptitudes que en varias ocasiones ha puesto de relieve el conocido diestro sevillano.

Y el mal no tiene ya remedio. Si con menos años y más ligereza, Currito acostumbró á los públicos á su modo peculiar, convenciéndoles de que *podía* pero que *no quería*, ri-

dicula ilusión fuera á estas alturas suponer un cambio radical en el cachazudo diestro, que la edad no permite ni remotamente sospechar.

Formada su composición de lugar y calculada á priori sus necesidades, no se molesta más de lo preciso para cubrir las, ni se brinda á más ajustes que los que los que han de rendirle aquel producto; cumple impasible su cometido cuando le corresponde, y se retira tranquilo á su hogar, *cabe las márgenes del Bétis*, á esperar la siguiente jornada, para proceder con exactitud matemática, en la forma consabida.

Algunas veces, sin embargo, hay que sacudir el indolente hábito, porque la fuerza de las circunstancias así lo reclama, y entonces, Currito demuestra todavía que existe el germen del buen torero, bajo la estoica pasividad del inmutable personaje. Bueno y reciente ejemplo de esta afirmación la corrida del año anterior en Ciudad Real, con los toros de Palha Blanco, y en la que, inutilizado el compañero, la lidia sólo nuestro héroe con gran actividad é inteligencia.

Tal es el hombre que vuelve hoy á nuestro circo para tomar parte en la fiesta de Beneficencia. LA LIDIA aprovecha gustosa la ocasión para ofrecer á sus favorecedores un retrato de gran tamaño del diestro de referencia, ejecutado por su artista en Sevilla D. José de Chaves, sin perjuicio de que tal vez en este mismo número tenga que censurarle al ocuparse de su trabajo en el circo taurino de la heroica villa.

DON CÁNDIDO.

CONTRA CORRIENTE

(La última temporada en Montevideo.)

EL exceso de original ha impedido que nos ocupásemos con más oportunidad de la última temporada de toros en Montevideo, y ya hubiéramos renunciado á hacerlo si en ella no encontrásemos algo más importante que una simple enumeración de los trabajos taurinos allí realizados, á cuya demostración nos encaminaremos al final de estas líneas.

Gracias á la diligencia del entusiasta aficionado de aquella capital, D. J. Gualberto Sierra, podemos presentar datos fidedignos, que contienen cierta novedad, en relación con la mayoría de los demás hasta ahora publicados por la prensa profesional.

En ellos se consigna que el abono se compuso de una serie de diez corridas, casi todas ellas con buenos ingresos, y la última de las cuales rindió una ganancia líquida de 7.000 pesos, aplicable por mitad al Asilo-Hospital Español y á las arcas de la Empresa, y en las que se corrieron ocho toros, cinco muertos á estoque y tres rejoneados á la antigua usanza española, por los picadores Badila y otro, conocido por *Mono sabi*. Esta suerte gustó extraordinariamente, lamentándose el público de que no se presentase ocasión de repetirla.

Diéronse además dos corridas especiales, á beneficio de los espadas, valiéndole á Mazzantini la suya 20.000 pesos, y alcanzando apenas en la del Tortero para cubrir gastos.

Lidiáronse en estas doce funciones 70 toros: 30 españoles, 36 mestizos y 4 criollos. Los españoles ofrecieron un resultado desastroso en general, y escaso juego en número muy limitado; llevándose la preferencia los mestizos de Víctora. Treinta y siete murieron á manos de Mazzantini, 31 á las del Tortero, uno á las de Tomás, y otro á las del *Buen mozo* (?).

De la gente montada, agradaron más Badila, Agujetas y Cantares; y de la de á pie, en primer término, Regaterín, no sólo pareando, sino demostrando su gran inteligencia y dirigiendo algunas veces la lidia; Tomás, Regaterillo y Galea. Este no tomó parte más que en seis corridas, regresando á España enfermo, según se dijo.

Respecto á los matadores, Mazzantini llenó las exigencias de aquel público con la muleta y el capote; pero no le encontraron tan aceptable con el estoque, puesto que hirió casi siempre de lejos y cuarteándose; defecto que se le toleró, no obstante, aplaudiéndosele repetidamente.

El Tortero, como segundo espada, no interesó gran cosa por sus escasos conocimientos, teniendo, en cambio, en constante sobresalto á la concurrencia, al verle entre los cuernos en muchas ocasiones. En la novena corrida fué enganchado por el sexto toro, causándole una herida en el muslo izquierdo de siete centímetros de profundidad, que le obligó á guardar cama por unos días.

En conjunto, juzgan aquellos inteligentes americanos que la cuadrilla era de lo más completa y notable que se había presentado por dichas regiones.

Tales son los puntos más salientes de la estación taurómica que terminó el domingo 2 de Marzo del presente año, cerrándose en ese día para el

arte de Montes, y tal vez por mucho tiempo, el Circo ó Plaza de la Unión de Montevideo.

Ya consignamos en uno de nuestros últimos números del año anterior, que el Gobierno del Uruguay había dictado una ley prohibiendo las fiestas de toros en todo el territorio de la República, apoyándose en la desgraciada muerte del diestro español Joaquín Sanz (*Punteret*) ocurrida en dicha capital, y la que habría de empezar y habrá empezado á regir en 1.º de Abril de 1890.

Los gobernantes uruguayos han patentizado indudablemente los humanitarios sentimientos que les adornan y que todos estimarán en lo que merecen; pero han demostrado también con semejante medida resolutoria que marchan contra corriente.

Por muy civilizada que se crea, y nosotros afirmamos que lo es, la federación oriental á que nos referimos, no suponemos que con lo legislado pretenda exponer indirectamente la supremacía á sus hermanas de América, Méjico, Perú, Panamá, etc.; mucho menos á la madre patria España, y ni remotamente á las viejas naciones de Europa, Francia, Italia y Portugal.

Todos estos Estados se recrean y admiten entre sus espectáculos la fiesta de toros con más ó menos modificaciones, pero la admiten; probando con su adopción que no tiene tanto de repugnante é inhumanitario como se ha querido hacer ver, y reivindicando á nuestro país del estigma de barbarie, lanzado sobre él por cuatro espíritus pusilánimes y lesionados y recogidos aún dentro de casa por alguna imaginación caduca y ridículamente rígorista.

Y no hay que dudar en que todos esos pueblos han pesado y comprendido los accidentes á que la lidia de reses bravas puede dar lugar, y los resultados siempre sensibles que puede ofrecer en el caso factible de vencer la fuerza á la destreza. Pero como quiera que esto no es la regla general y sí sólo una escepción, y por fortuna no muy común, han entrado en ella, arrojando sus consecuencias, sin esos pujos de sentimentalismo que encuentran y encontramos por otra parte justificados, en los momentos en que cualquier desagradable incidente viene á turbar la franca y alegre expansión ingénita al espectáculo.

Tomando en cuenta estos razonamientos, no sorprenderá ni aun al mismo Gobierno del Uruguay que consideremos su decreto contra las corridas de toros como una medida absoluta y extemporánea: lo primero, porque existiendo como existe afición bastante en el país para su sostenimiento, reviste caracteres de dictadura el acto de privar á un pueblo de hábitos adquiridos; y lo segundo, porque en el preciso momento en que el espectáculo en cuestión se va abriendo camino por todas partes, le cierra sus puertas quien le toleraba a tes que los demás soñasen en implantarle apartándose, con su conducta del general concierto.

Vuelva, pues, sobre su acuerdo la suprema autoridad de la oriental República, tornando á permitir lo prohibido; segura de que en nada se menoscabará por ello su dignidad; mientras que si por el contrario se empeñase en mantenerlo, no faltaría quien nos acompañara repitiendo aquella conocida frase: *Marchar contra la corriente.*

M. DEL TODO Y HERRERO.

Toros en Madrid.

PRIMERA CORRIDA DE BENEFICENCIA

8 DE JUNIO DE 1890

Arranquémonos en verso, que á ciertas solemnidades no se les puede tomar la embocadura sino en la forma poética llamada á desaparecer, y exclamemos:

Señores, vaya una *lata*
que le han dado á la afición;
hemos metido la pata
todos, hasta el corbejón;

y decimos todos, porque no respondemos de no meterla nosotros; tan desconcertados y aburridos nos dejó la fiesta de ayer.

Exceptuemos, sin embargo, á los simpáticos y desgraciados niños del Hospicio y San Bernardino, que por unos momentos hicieron la delicia de la concurrencia en precisos ejercicios militares, escuchando nutridos aplausos y recogiendo algunas monedas que cayeron á sus pies; y no tomemos en serio nada de lo restante, pues sería cosa de perder los estribos, y salir por todos los demonios.

La dichosa corrida traía mala sombra desde un principio por las dificultades de reunir diestros en armonía con su importancia; por los piques entre algunos ganaderos y li-

diadores casi necesarios para el acto, y por las vicisitudes del cartel en las últimas veinticuatro horas que hacían temer una alteración más de lamentar en el programa.

Por fin, tal y como fué organizada, con ganado de los señores Gómez y Patilla y la gente capitaneada por Lagartijo, Currito, Angel Pastor y Centeno, se dió suelta á las cuatro y media próximamente, al

1.º *Coralo*, de Gómez; retinto claro, de libras y corto y abierto de cuerna, blando y buey.

Tomó, acosado y huyendo, cuatro varas, y dió dos caídas, siendo, no obstante, condenado á fuego, por petición del público, que se atiende más al espíritu que á la letra del reglamento.

Entre Ostión y Manene colocan dos y medio pares, perteneciendo el medio á Manene.

Rafael, vistiendo escarlata y oro, pasa de la mejor manera posible al buey, y desde lejos le da un pinchazo en hueso, á volapié; después de éste, el animal se hace de más sentido, y el matador se desconfía, pero logra cuadrarle y le da media estocada echándose fuera; sigue con una faena de medios pasos, porque el toro se queda, y en la misma forma que las dos veces anteriores, largó media estocada, y concluye con un descabello, que completó el puntillero.

2.º *Miriscal*, de Patilla; castaño bragado, careto, recogido de cara y bien puesto de armas; voluntario y certero para acometer, tomó nueve varas, dió cuatro caídas y mató tres caballos.

Curro y Pastor escuchan aplausos por su voluntad en quites, y sobre todo el segundo, en uno bueno al picador Fuentes, en una caída al descubierto.

Zayas clava un par regular, llegando bien; y el Sevillano, después de dos salidas falsas, otra al relance, terminando Zayas con otro sesgado.

Currito, de grana y oro, torea sin parar, y adelantando el brazo mucho más de lo conveniente, y á paso de banderillas, larga media estocada que ella sola se hizo entera, y consigue después descabellar á la segunda vez que lo intentó.

3.º *Recorto*, de Gómez; castaño albardado, colín, grande y ancho de cuna.

Tomó, tardeando al principio, creciéndose algo después, y, por último, volviendo la cara, ocho varas por tres caídas y un caballo muerto.

Llorens sale en falso una vez y pone á la carrera medio par, y el Pito otro al cuarteo, terminando el primero con un par aprovechando la salida.

Angel Pastor, con traje verde claro y oro, pasa de muleta con arte y castigando, pero parando poco y algo despégado, para darle un buen volapié, escupiendo el animal el estoque, un pinchazo después en hueso bien señalado, y finalmente otra estocada tan bien á volapié, algo delantera, un intento de descabello, y otra estocada de la que se echó el animal.

4.º *Melonero*, de Patilla; castaño albardado, bragado, listón, caripintado, de bonita lámina, pero blando y topón y menor de edad, al parecer, por añadidura.

La lidia de este toro, durante el primer tercio, fué de lo más desordenado que hemos visto.

El toro se coló suelto á los picadores infinidad de veces, y de mala manera tomó 10 varas, por una caída y un caballo muerto.

El Albañil salió en falso una vez y prendió un par, y el Califa cuarteó otro, y medio su compañero.

Centeno, con carmesí y oro, no pasó, más bien abanicó al toro y se tiró de largo, cuarteando y arqueando el brazo, para dar una estocada atravesada y baja; después entró mejor en un pinchazo en hueso; luego se arrancó, lo mismo que la primera vez, en dos ocasiones más, para largar al bicho una atravesada y otra baja, y finalmente descabelló y fué pitado.

5.º *Jarino*, de Patilla; cárdeno oscuro, bragado, listón y algo veleto, de buena presencia también, pero blando y sin poder; tomó nueve varas y dió una caída.

Antolín y Juan consumen su turno, poniendo el primero, un par mediano cuarteando y otro muy bueno, y el segundo uno en la misma forma y otro á la media vuelta.

Lagartijo toreó perdiendo terreno en 10 pasos y desde lejos, y cuarteando atizó un volapié perpendicular que fué suficiente á que el animal, obligado por los capotes se echara, y el puntillero lo levantara para que el matador descabellase al tercer intento.

6.º *Lechuza*, de Gómez; retinto oscuro, listón, bien puesto y manso de solemnidad.

Sólo tomó cuatro varas, dando una caída y matando un caballo.

Sevillano y Zayas dejan tres pares y medio malos.

Curro pasa mejor que á su toro anterior, y con sólo dos naturales y dos en redondo, deja una corta á volapié en buen sitio y sale desarmado.

La segunda parte de la faena fué peor porque el matador permitió que sus peones aburrieran al animal á capotazos, y le proporcionasen á él las poco agradables manifestaciones del público.

Pudiendo Currito entrar nuevamente á matar, hizo una pesadísima faena, empeñándose en descabellar y no consiguiéndolo. El toro se echó cuando quiso.

7.º *Carretero*, de Patilla; castaño albardado, bragado, listón, carinevado y corto de armas.

Mejor lidiado no hubiese resultado mal toro; no fué así, desgraciadamente, y sólo tomó seis varas por tres caídas.

El Pito y Llorens clavan dos y medio pares, regulares nada más.

Angel Pastor toreó bien, con mucho arte, y estuvo sereno y fresco; citó dos veces á recibir, no acudiendo el toro, y le dió, arrancando, una buena estocada, que bastó para que se echara.

(Muchos aplausos.)

8.º *Carbonero*, de Gómez; retinto oscuro, listón estrecho y cornalón.

Con solo dos varas pasó á banderillas, siendo éstas de fuego, y colocando entre Mogino chico y Califa un par y tres medios.

Terminó Centeno con el buey y la corrida de una corta perpendicular, otra delantera é ida, otra ida y atravesada, y para postre y fin tres intentos de descabello y otra estocada ida.

Resumiendo, y en vista de lo expuesto, digamos parodiando al romancero: «Mala la hubistéis, Patilla y Gómez en esa de Beneficencia;» puesto que los toros que se sirvieron ustedes enviar para tan laudable fiesta, ni escogidos resultan de peores condiciones. Podrán ustedes disculparse con aquello de que los animalitos no se toman á cala; y es cierto; pero también es desgracia que en ocasión en que está más excitada la curiosidad y más resentido el bolsillo, suframos decepciones del tamaño de la que lamentamos, induciéndonos á pensar que tal vez sería conveniente encastar las dos ganaderías, á ver si de dos cosas malas resultaba una buena.

Y aun llevó la peor parte en la distribución el bueno de D. Félix, pues siquiera del señor Conde resultaron dos con alguna sangre y otros dos tonos, mientras que los suyos hicieron huyendo toda la pelea, mereciendo el prólogo y el epílogo ser adornados con fuegos artificiales, sin duda aprovechando el período álgido de fiestas en que nos encontramos, y aderezados dichos desahogos pirotécnicos con expresiva música de silbatos como en castigo de aquellas muestras de bravura y nobleza, expuestas por las fieras de Colmenar.

¿Y qué había de resultar por consecuencia en el resto de la lidia con tales elementos?

Que Rafael, que empezó con buenos propósitos tanteando al primero, se desconfiase luego, tal vez sin motivo, por que el cornúpeto era un buey insípido, pero sin malicia; y que en el quinto, que era exactamente igual que el anterior, hiciese lo que cabía con la muleta é hiriese de lejos.

Que Currito, ni con la muleta ni con el estoque traspasase los límites de lo vulgar en el segundo, y que á pesar de haber querido terminar pronto y colocado la espada con acierto en el morrillo del sexto, se hiciese luego la pretensión de descabellar, y el entierro, al fin, interminable y aburrido.

Que Angel, que jugó bien la muleta en el tercero, pinchase mucho y sin conciencia, particularmente en una estocada á toro muerto, y que los plausibles deseos de recibir al séptimo, el más noble para la suerte suprema, no pudiese realizarlos por no responder el enemigo, arrancándose al notar lo con éxito y escuchando muchos y justos aplausos.

Que bregase Centeno sin parar en el cuarto y pinchase desastrosamente con el arqueo de brazo correspondiente y que se ratificase en el mismo trabajo en el último, demostrando que le falta mucho que aprender, y que, hoy por hoy, es otro de tantos como pasan por nuestra plaza, que ni despiertan esperanzas en los aficionados ni rompen por una vez tan sólo la atonía que nos embarga.

Que los banderilleros dejasen, por variar, más rehiletos en el suelo que en las reses, no mereciendo citarse más que Antolín, Ostión, Juan y Zayas.

Que los picadores, sin escepción, rajasen, marrasen y se desmontasen frente á la cara de los toros, sin embargo de la poca bravura y codicia de los mismos.

Que no hubiese más que el primer tercio del segundo bicho en que los espadas se lucieran en quites y bregando, y que en cambio se contasen varios lios en los restantes.

Y que la tolerancia de la Presidencia y de los directores del ruedo, llegase hasta consentir el abuso de los monos sabios, disputándose á carrera limpia y en perjuicio de la lidia, la posesión de las divisas.

Y con esto y consignar que el calor fué sofocante y la entrada buena, pero faltando ocupar bastantes localidades para el lleno, deja la pluma y saluda á sus lectores

DON CÁNDIDO.

ANUNCIOS

LOS TOROS EN MADRID

(ESTUDIO HISTÓRICO)

POR

PASCUAL MILLÁN

Esta importante obra, con un plano en colores de la plaza de Madrid y una magnífica cubierta de Ferrant, se vende en esta Administración al precio de 4 pesetas ejemplar, con descuento para nuestros corresponsales.

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO.
JULIÁN PALACIOS
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 27, MADRID
Talleres montados con todos los modernos elementos para la perfecta ejecución de cualquier trabajo de Litografía e Imprenta.

MADRID.—Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

